

YUKIO MISHIMA. UNO CADA DOSCIENTOS AÑOS

En la correspondencia que mantenían Kabawata y Mishima se puede leer que Yukio Mishima tenía una «capacidad milagrosa» para jugar con las palabras y hechizar la atención de sus lectores. El gran escritor no entendía cómo él disponía de un premio Nobel y Mishima, «un talento que surge una vez cada doscientos años», apenas era leído en su país. Quizás se explique de alguna forma por la acendrada espiritualidad de Mishima, su fervor patrio y su sentido del honor samurái en una sociedad tan industrializada y moderna.

Difícilmente le hubieran concedido el Nobel de literatura a un fascista reconocido como Louis Ferdinand de Céline, asombroso escritor también, o a un delicioso y a veces trivial Scott Fitzgerald, algo preocupado por encontrar alojamiento en temporada alta en la Riviera francesa o de que su mujer no le acusase de tenerla pequeña ante Hemingway o Ezra Pound; imaginemos que la institución sueca reconoce a alguien que se avergüenza de la supuesta decadencia moral, la crisis de valores, la caída en picado de la juventud (cada época tiene una legión de vocingleros de estas caídas, desapariciones, podredumbres morales y éticas: siempre vienen de los que fueron jóvenes no hace tanto y escuchaban lo mismo de sus mayores cuando ellos se esforzaban por mejorar su sociedad), el hundimiento de un mundo que para él era idílico y cuyos cimientos se asentaban en la honradez y la meditación. Desde este presupuesto era muy difícil que lo que pedía Kabawata se cumpliera: la academia sueca busca a quien pueda servir de ejemplo: un Hesse, una Lessing, un Harold Pinter. Que la especialidad del premio sea la «literatura» no implica que se valore solo la literatura. Se valora la literatura hasta cierto (exiguo) punto y... que el autor sea como nosotros pensamos que tiene que ser.

Por supuesto todo lo que le comía el tarro a Mishima era un constructo mental, y sus tribulaciones y crisis neuróticas se hubieran entendido mejor con un simple «me hago mayor y todo lo que desconozco de una sociedad diferente me asusta y me preocupa»; pero lo que con tanta claridad evidenciaba en sus libros, algo parecido a lo que le pasaba a Dostoyevski, él era incapaz de aplicarlo a su vida cotidiana.

Las posturas de un honor falaz y de salón son constantemente ridiculizadas en todos sus libros, siempre acaban cediendo ante la sensualidad desbordante o la lujuria; la meditación trascendental y la pétrea calma se convierten en impaciencia y desazón a menudo. La caballeridad del hombre y la sumisión de la mujer a una sociedad no ya patriarcalizada, sino que ha divinizado ese patriarcalismo, que él mismo consideraba pilares eficaces de una sociedad sana, son estériles en sus argumentos y quedan subyugadas a una primitiva lucha de sexos en las que las relaciones de pareja se definen por la dominación y la competitividad pueril. En sus libros el hombre, aun apoyado en su poder patriarcal, no es más que un títere movido por la voluntad de hierro de su mujer o de su madre.

Y esto solo pasa con los más grandes. Igual que el conde Tolstoi en Yasnaia Poliaivna pontificaba sobre la emancipación de los siervos y se convertía en un grotesco monigote, considerado un demente por los de su misma clase aristocrática y un extravagante por los campesinos y siervos (de nuevo la imagen en la que el escritor cree en su vida cotidiana queda despojada de dignidad y es sometida a un cruento examen literario en *Hadji Murad* y *Resurrección*), Mishima es considerado un extravagante entre los escritores japoneses, un ultraderechista entre los políticos, un rancio entre la juventud.

Él mismo cree en la coherencia interna de un mundo inexistente y para adherirse a ella, o para encontrar una metacoherencia, no se le ocurre nada mejor que practicarse el *hara-kiri* con cuarenta y cinco años y miles de páginas sin escribir que jamás leeremos. Un final quizá apropiado para un ser sensible e inadaptado de alguna de sus novelas, inapropiado para un genio y un ser humano muy real. Al menos desde el punto de vista egoísta del lector, que hubiera gozado con sus siguientes obras. ¿Qué habría dicho Mishima de los avances en cibernética?

Lo asombroso es que de sus libros (*Nieve de primavera*, *Caballos desbocados*, *Después del banquete*, *El rumor del oleaje*, *La corrupción de un ángel*, *El color de lo prohibido...*) se desprende una calidez tangible que invita a la vida, un dominio de la lengua que le permite jugar con la imaginación más sensible, más luminosa, y una capacidad sobrenatural para convertir la diversión en tragedia o la homosexualidad en parodia, el matrimonio aparentemente mejor avenido en algo ilegítimo en cuestión de un párrafo. La vividez de las imágenes visuales, táctiles y auditivas se queda grabada, más que en la mente, en la retina del lector y uno cree con el paso de los años que lo que leyó de Mishima lo puede estar recordando de algún fotograma de una película o cuadro olvidados.

Y también asombra aún más que la evidente distinción entre arte y vida no sea reconocida nunca por la institución sueca: ¿a quién puede importarle su reaccionarismo político, o cómo acabara sus días? Importan para siempre ya sus personajes luminosos, sus paisajes inventados que crean una nueva realidad quebrando sus propios límites, y musitan algo perenne de los personajes que los transitan, la soledad entendida en su amplia plétora de posibilidades, la lucha de sexos que no cesa ni aun en los últimos estertores... Como dijo Kabawata: «Un escritor milagroso».

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ